

mortal, luego se vuelven a Dios y confiesan su pecado y no tienen necesidad de muchos aparejos para la confesión, porque, como dice David hablando de sí, tienen siempre su pecado ante sus ojos. Estas mismas personas tienen algunos defectos y algunos descuidos, que son señales de que sus ánimos no están en todo mortificados. Pues sus defectos y sus descuidos muchas veces les son causa de provecho porque se reconocen y se humillan y así aprenden a desconfiar de sí y a confiarse de Dios. Y por esto dice san Pablo que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan al bien, y por esto dice en otro lugar que nada hay para condenar a las personas que, habiendo entrado por este camino, están unidas con Cristo Jesús por fe y amor. Las primeras personas son impías, las segundas ciegas, las terceras desvariadas, las cuartas prudentes, y las quintas santas. De modo que, si caminan pocas personas por el camino cristiano, podéis ver que es más por la impiedad, ceguedad y veleidad que por su dificultad, y visto esto, no tendréis miedo de encontrarlo. Y pues que, como pienso, sois, Señora, de las cuartas personas, haced de modo que escuchéis la voz de Cristo, porque Él os pondrá en el verdadero camino, y tened por cierto que luego que hayáis entrado, no sentiréis más confusión ni inquietud ni trabajo ni perplejidad, y finalmente no sentiréis contradicción alguna, antes por el contrario sentiréis mucha paz, mucha alegría, mucha satisfacción y supremo contentamiento.

Rom. 8,
28 ss.
Rom. 8,
31 ss.

JULIA Todo cuanto decís me satisface. Y pues que determinadamente quiero entrar en este camino, resta que me llevéis de la mano, enseñándome los pasos por los cuales creo que vos hayáis caminado.

VALDÉS No sé qué más queráis aprender de mí de lo que cada día os dice el predicador.

JULIA Yo soy débil y no puedo hacer tanta resistencia a mi ánimo cuanta sería necesaria para hacer todo lo que dice el predicador.

VALDÉS Ya, Señora, os entiendo ha buen rato. ¿Qué menester de andar por las ramas? Sé bien lo que querríais.

JULIA ¡Qué enfado! Pues que lo sabéis, ¿por qué no lo decís?

VALDÉS Porque aguardaba a que vos con vuestra boca lo dijeseis.

JULIA Hacedme el favor de decirlo, puesto que lo entendéis, y yo os diré la verdad si acertáis en todo, y por todo.

VALDÉS Estoy contento. Vos, Señora, deseáis ser libre de las cosas enojosas que os pasan por la imaginación, y habiendo conocido que éste es el camino verdadero para libraros de ellas, querríais que yo os mostrase un camino real y señorial por el cual pudieseis llegar a Dios sin apartaros del mundo, alcanzar la humildad interior sin mostrar la exterior, poseer la virtud de la paciencia sin que os sucediese donde ejercitarla, despreciar el mundo mas de tal manera que el mundo no os despreciase a vos, vestir a vuestra alma de virtudes cristianas sin desnudaros el cuerpo de las usuales vestiduras, mantener vuestra alma con manjares espirituales sin privar a vuestro cuerpo de las viandas acostumbradas, parecer bien a los ojos de Dios sin parecer mal a los ojos del mundo y, en fin, por este camino vos quisierais poder hacer vuestra vida cristiana pero de modo que ninguna persona del mundo, por mucha familiaridad y conversación que tuviese con vos, pudiese conocer en vuestra vida más de lo que conoce al presente. ¿He acertado?

JULIA Casi casi, o al menos, si no habéis acertado, podéis decir que habéis casi tocado en el hito.

VALDÉS Esto me basta para poderos decir que, se-

*Camino
real.*

gún veo, quisierais más bien libraros de la contradicción que sentís por avenencia que por sentencia.

JULIA ¿Pues no me decís vos siempre que más vale mala avenencia que buena sentencia?

VALDÉS Sí digo, mas no en este caso en el que la avenencia es muy peligrosa y terriblemente dañosa. ¿No sabéis que dice Cristo que no podemos servir a Dios y al mundo, sino que o hemos de amar al mundo y despreciar a Dios o hemos de amar a Dios y despreciar al mundo? ¿Y no habéis oído lo que dice Job, que la vida del hombre aquí en el mundo no es otra cosa que una continua guerra? Mas entended que la guerra es entre la carne y el espíritu cuando la carne nos tira al mundo y el espíritu nos tira a Dios. ¡Y tristes los que no sienten esta guerra!

*Mat. 6,
24 y Pa-
ral.*

JULIA Pues yo entiendo y conozco bien lo uno y lo otro y quiero que sin más encarecérme lo resueltamente me digáis si os basta el ánimo a ponerme en un camino que tire un tanto al que vos habéis diseñado, aunque no sea tan licencioso, porque no estoy tan sujeta a mis apetitos, como vos debéis pensar según habéis mostrado por vuestras palabras.

VALDÉS Si yo, Señora, conociese en vuestro modo de vivir y conversar exterior alguna cosa deshonesto y fea, o que tuviese alguna reliquia o alguna muestra o apariencia de mal, libremente os diría que no me bastaría el ánimo para satisfaceros en esto que deseáis, porque en tal caso, siendo necesario que dejaseis todo lo que fuese malo, sería necesario que se viese en vos otra cosa que la que ahora se ve y conoce. Pero conociendo yo en vuestros modos de vivir y conversar tanta honestidad y tanta compostura de costumbres cuanto en una tal señora se puede desear, y viendo que toda la reforma que es necesaria para con-

quistar y alcanzar el fin que deseáis consiste en los afectos y en los apetitos del ánimo, los cuales corregidos y reformados sería cosa fácil reformar lo exterior en lo que pareciese tener necesidad de reforma; oso deciros que me basta el ánimo a ponerlos en el camino que deseáis, de tal manera que, si vos os disponéis para ello con la gracia de Dios, sin que persona del mundo pueda conocéroslo, antes que pasen muchos días comenzaréis a sentir la paz de la conciencia y los otros frutos que sienten las personas espirituales.

JULIA Si hicieseis esto, os quedaría perpetuamente obligada.

VALDÉS Pues lo haré con la gracia de Dios, y no quiero que quedéis obligada sino al mismo Dios, del cual quiero que siempre reconozcáis todo lo que será bueno.

JULIA Procuraré hacerlo como decís. Haced vos ahora lo que os toca.

VALDÉS Soy contento, mas decidme antes si alguna vez habéis pasado un río por vado.

JULIA Sí he, y muchas veces.

VALDÉS ¿Y habéis observado cómo, si miráis al agua, parece que os gira la cabeza de tal modo que, si no socorréis presto o con cerrar los ojos o con fijarlos en la orilla que tenéis en frente, caeríais en el agua con peligro grande de anegaros?

*Compara-
ción.*

JULIA Sí que lo he visto.

VALDÉS ¿Y habéis visto cómo, teniendo siempre por objeto de la vista, la tierra que está a la otra parte, no sentís tal desvanecimiento de cabeza y así no corréis peligro de anegaros?

JULIA Y también he visto esto.

VALDÉS Conque si vos, Señora, queréis pasar por el río corriente de las cosas de este mundo, haced de modo que no pongáis aficionadamente los ojos en ellas, para que no os acontezca lo que acontece a los que mirando el agua caen en ella y

se ahogan, y procurad que siempre los ojos de vuestra alma estén fijos y clavados con Cristo crucificado, y si alguna vez, descuidada, pondréis los ojos en las cosas del mundo de tal manera que sintáis que vuestro ánimo se inclina a ellas, volved sobre vos y tornad a poner vuestros ojos en Cristo crucificado, y de este modo andarán bien vuestras cosas. Y por esto sobre todas las cosas quiero, Señora, que toméis por vuestro principal intento enamoraros de Cristo, regulando todas vuestras obras, todas vuestras palabras y todos vuestros pensamientos con aquel divino mandamiento que dice: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y al prójimo como a ti mismo.» Y digo que tengáis este mandamiento por vuestra regla principal, porque la perfección cristiana consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vos misma.

*Gal. 3,
1.*

*Mat. 22,
34-40.*

*Perfec-
ción cris-
tiana.*

JULIA Maravíllome de esto que decís, porque toda mi vida he oído decir que los frailes y las monjas tienen el estado de perfección por los votos que hacen, si los guardan.

VALDÉS Dejados, Señora, decir y creedme, que tanto tendrán de perfección cristiana los frailes y los no frailes cuanto tendrán de fe y amor de Dios, y ni un adarme más.

*Frailes y
monjas.*

JULIA Mucho me agradaría que me hicieseis capaz de esto.

VALDÉS De muy buena gana. Habéis, Señora, de saber que el corazón humano es naturalmente inclinado a amar de tal suerte que o ha de amar a Dios y por Dios todas las cosas, o ha de amar a sí mismo y por sí todas las cosas. El que se ama a sí mismo todas las cosas hace por sí mismo, quiero decir que tanto se mueve a ellas cuanto le invita su propio interés, y así, si alguna cosa ama fuera de sí mismo, la ama por sí y por su interés, y si

*Amor
propio.*

tiene algún amor a Dios, tiénelo por su interés y no por otro respeto. Este tal, fraile o no fraile, porque tiene su amor desordenado teniéndolo puesto en sí, no sabe jamás cómo ni de qué modo ha de amar las cosas creadas, antes, cuando se quiere bien disponer a amar a Dios, porque no acierta a salir de sí, no halla jamás el camino y por eso continuamente va peregrinando en pareceres, y así estando siempre desordenado y desconcertado en sus afectos malos o buenos, vive muy fuera de la perfección cristiana y tanto más vivirá fuera cuanto más enamorado estará de sí, aunque en las obras exteriores perfectísimo, porque Dios quiere el corazón. El que ama a Dios, todas las cosas que hace hácelas por Dios, quiero decir que se mueve a ellas por el amor que tiene a Dios, y esto con tanto fervor o ímpetu cuanto el amor le incita y mueve. Y así, si alguna cosa ama fuera de Dios ámala por Dios, y porque así lo quiere Dios, y semejantemente se ama a sí mismo porque conoce que Dios quiere que él se ame. Este tal, fraile o no fraile, porque tiene su amor ordenado en Dios y de ahí toma el modo y manera como ha de amar todas las cosas creadas, es muy ordenado y arreglado en su amor y no ama desordenadamente cosa alguna. Y entonces sus buenas obras aplacen y son gratas ante Dios, porque se mueve a obrar con ímpetu de amor, porque así como Dios es amor, así no le agrada obra alguna que no sea hecha por amor. Conforme a esto es lo que dice san Agustín, que las buenas obras siguen al ya justificado y no van delante del que ha de ser justificado. Quiero decir que nuestras obras entonces son buenas cuando son hechas por persona ya justificada, y no pueda ninguna ser justificada si no está en amor y caridad con Dios y con su prójimo. De modo que tanto será una persona más perfecta cuanto estará más

*Amor de
Dios.*

*Dios es
amor.
I Joh. 4,
8, 4, 16.*

ferviente en este amor. En esta verdad os podréis por vos misma confirmar, considerando cuánto estimaríais lo que una persona hiciese en vuestros negocios, cuando conocieseis que no se movía a ello por amor que os tuviese sino por algún otro designio suyo. Mas, pues que vos queréis que os sirva por amor uno que no nació con la obligación de amaros, como nacimos todos nosotros personas para amar a Dios, pensad si siquiera querrá Dios de nosotros eso mismo que vos queréis, cuánto más de aquellas personas que somos regeneradas y renacidas en Cristo por nueva regeneración espiritual mediante la fe y el bautismo, porque nosotros tales tenemos una nueva obligación de amar a Dios, ¿qué digo una?, antes debía decir infinitas, pues que vemos que infinitamente nos amó y ama Cristo, y por infinitas vías y maneras procuró y procura traernos a sí y unirnos consigo por amor y por gracia. Y considerando esto, estoy cierto que os haréis capaz de esta verdad, que la perfección cristiana consiste en amar a Dios y que tanto más perfecto será cada uno cuanto más amará a Dios, ahora haga votos, ahora no los haga, con tal que guarde el voto que hizo en el bautismo, mediante el cual somos cristianos.

*Joh. 10,
11, 15,
13 ss.
Rom. 5,
8, 8, 34.
1 Joh. 4,
10 ss.*

JULIA Ya quedo satisfecha con lo que habéis dicho de la perfección, de tal modo que conozco ya por vuestras razones lo que hasta aquí no había conocido. Y pues queréis que tenga por principal intención el amor de Dios y del prójimo para ser perfecta cristiana y me determino a hacerlo así, será bien, si os parece, que me deis algunas reglas por las cuales entienda y sepa qué es lo que he de hacer y cómo he de gobernarme para no apartarme del amor de Dios ni del prójimo, porque determinadamente me quiero dar a enamorarme tanto de Dios que prive de gracia a vos y a otros cien como vos.

VALDÉS Privar de gracia no, antes sabed, Señora, que en este divino amor no hay celos, porque de suyo es comunicable. Y así es que cuanto más vos amaréis a Dios tanto más os alegraréis de que Dios nos ame a nosotros y sea amado por nosotros. Mas dejando esto, hasta que con el tiempo lo aprendáis por experiencia, digo, Señora, que no hay mejores reglas para esto que decís que las que el mismo Dios nos ha dado en su perfectísima ley, la cual entendamos no como hebreos, mas como cristianos, de la forma y manera que Cristo la declaró. Ella nos enseña lo que hemos de hacer para no apartarnos del amor de Dios, ni del prójimo.

*Diez
manda-
mientos.*

JULIA Si no os es molesto, puesto que decís que son buenas las reglas de la ley de Dios para lo que deseo, será bien que brevemente me las declararéis de la manera que las entendéis.

VALDÉS Antes lo haré de muy buena gana, porque conozco que para conduciros y traeros al camino que he diseñado, ésta es la puerta. Mas porque no quiero que mis palabras engendren escrúpulos en vuestra conciencia, os quiero antes avisar de esto: que os declararé la ley de Dios no de la manera que estáis obligada a observarla so pena de pecado mortal, sino de la manera que la deben entender todas aquellas personas que desean ser tan señoras de sus propios afectos y apetitos que en todas las cosas sean obedientes al espíritu. Porque así como va a peligro de veneno el que lleva una víbora o un alacrán en el seno, así va a gran peligro de pecar mortalmente el que lleva vivos y enteros sus afectos y apetitos.

JULIA ¡Hallado la habéis la escrupulosa! No os curéis de más, comenzad a decir, que estaré tan atenta que quizá no perderé una sola palabra.

VALDÉS Así lo debéis hacer. Por primera regla tomaréis hacer a Dios de tal manera absoluto señor de

vuestro corazón que no confíe ni espere en cosa alguna creada, ni ame ni tema, sino sólo a Dios, de modo que entonces podréis hacer cuenta que tenéis vuestro corazón ordenado conforme a esta regla cuando, despojada de todo afecto humano, sentiréis en vos que ni las prosperidades os levantan ni las adversidades os abajan, ni los honores os ensoberbecen ni las injuras os abaten, y que con esto creéis en Cristo, esperáis en Cristo y amáis a Cristo y vivís segura y contenta con Cristo, abrazando la cruz de Cristo y teniendo por dulce el padecer con Cristo, y teniendo en abominación la gloria del mundo y teniendo por amargos los placeres del mundo. Y porque no basta que el corazón esté de esta manera si la boca no se conforma con él, conviene que toméis por freno para ella, la segunda regla, y ésta será que continuamente alabéis, magnifiquéis, invoquéis y bendigáis el nombre de Dios, despreciando y teniendo en poco vuestro nombre y vuestra gloria, de tal suerte que toda la gloria y el honor sea atribuida al omnipotente Dios, al cual siempre irán enderezadas vuestras palabras. Y porque con nuestros juramentos se ofende mucho la divina Majestad, tendréis siempre en la memoria aquellas palabras de Cristo donde, luego que nos ha recordado que de ningún modo juremos, dice: «Sea vuestro hablar es, es, no, no», queriendo decir que cuando querremos afirmar una cosa, la afirmemos con un sencillísimo sí y cuando querremos negar otra, la neguemos con otro tal no. Porque cuando más de esto se dice, es señal de que el corazón está indispuerto. Además de esto, porque Dios no se contenta con ser absoluto señor de nuestros corazones y de nuestras bocas, mas quiere gobernar nuestras obras, tomaréis por tercera regla hacer una oferta a Dios de toda vuestra voluntad, remitiéndola en todo y

*Amar a
Dios.
Regla
primera.*

*Alabar a
Dios.
Regla
segunda.*

*Mat. 5,
37.*

*Ofrecer
la vo-
luntad a
Dios.
Regla iii.*

por todo a su divina majestad de tal modo que él la rija y él la gobierne sin que vos en vuestras cosas pongáis nada de lo vuestro. Y este remitiros a la divina voluntad habéis, Señora, de saber que es celebrar el sábado cristiano, porque por el reposo corporal se entiende el reposo espiritual y por las obras serviles se entienden las obras del pecado. Esta oferta nos ruega san Pablo que hagamos, diciendo: «Ruégoo, hermanos, por la misericordia que Dios ha usado con nosotros que ofrezcáis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, de manera que enteramente le ofrezcáis toda vuestra voluntad, todo vuestro entendimiento y toda vuestra memoria. Y ruégoo también que no conforméis vuestras obras con las obras de las personas del mundo y que os transforméis por renovación espiritual de vuestras ánimas, para que por esta vía podáis saber y entender la voluntad de Dios.» Ved aquí, Señora, tres reglas según tres mandamientos de la ley de Dios, las cuales son tan espirituales que mientras las observaréis, podréis estar cierta de que amáis verdaderamente a Dios de la manera que él quiere ser amado. Y pensad que tanto estaréis más cerca o más lejos de la perfección de este amor, cuanto sentiréis que los afectos y apetitos vuestros están más cerca o más lejos de conformarse con estas tres reglas, las cuales os ruego que imprimáis en vuestra memoria. Y aunque en verdad sea así, que mientras viviréis conforme a estas reglas, viviendo con amor de Dios viviréis en amor del prójimo de modo que parece de más daros por esto regla alguna, todavía, considerando que Dios para socorrer a nuestra incapacidad nos ha dado también reglas con las cuales viviésemos en amor del prójimo, os quiero decir las mismas. Y así las dichas como las que se dirán tomaréis como reglas de Dios y no mías. Y la primera será

*Sábado
cristiano.*

*Rom.
12, 1 ss.*

que, por ser así la voluntad de Dios, con obediencia interior obedezcáis y estéis sujeta a vuestros padres, a vuestros mayores, a vuestros superiores de cualquier preeminencia o autoridad que sean, no haciéndoles resistencia ni murmurando de ellos. Y mirad, Señora, que no penséis contentaros con la sujeción exterior, porque Dios no se contenta con que sus mandamientos sean observados sólo en apariencia, antes principalmente quiere el corazón. Y porque las cosas del mundo con las cuales más se corrompe la caridad cristiana, son las contiendas, los odios y las enemistades, de las cuales proceden los homicidios, advertid, Señora, en tomar por segunda regla hacer vuestro ánimo paciente, quieto, pacífico, humano, misericordioso, desterrando y desarraigando del todo el afecto del odio, de la ira y de la venganza. Y haciendo esto así, viviréis conforme a aquella doctrina de Jesu Cristo, que en sustancia dice que no nos airemos contra nuestros prójimos, ni los depreciemos con ademanes exteriores, ni los vituperemos con palabras injuriosas. Y pensad que no podréis hacer esto si antes no componéis vuestra alma de la manera que os he dicho. Y porque sepáis cuánto os importa, sabed que dice san Juan que quien aborrece a su prójimo es homicida. De modo que, pues para no ser homicida es menester que muera en vos todo afecto de ira y de venganza, de rencor y de mala voluntad, comenzad, Señora, de aquí adelante a hacer esta mortificación, porque cuanto más pronto la comenzaréis, más presto saldréis con ella y pasaréis al ejercicio de la regla tercera. Ésta será que procuraréis cuanto os será posible, tener mortificados de tal manera todos vuestros sentidos exteriores que por ellos no pase jamás a vuestro ánimo cosa fea ni deshonesta. Porque quiere Dios que vuestras obras, vuestras palabras y vues-

Para amar al prójimo. Regla primera.

Rom. 13, 1. Tit. 3, 1.

Joh. 8, 44. I Joh. 3, 15.

Regla segunda.

Mat. 5, 21.

I Joh. 3, 15.

Regla tercera.

tros pensamientos sean castos y púdicos. Y para poder hacer esto conviene que tengáis vuestros afectos tan mortificados como os he dicho, y conviene también que seáis templada en el comer, en el beber y en el dormir, en conversar con las personas del mundo, y en fin en todas aquellas cosas que pueden engendrar en vuestro ánimo algún deseo deshonesto. Y sabed de cierto que tanto por conservar nuestros ánimos puros y limpios cuanto porque no se ofenda la caridad cristiana, es necesario que mueran del todo estos apetitos lascivos, de los cuales nacen muchos inconvenientes contra el amor del prójimo. Y por eso Cristo, cerrándonos el camino, dice que el que mirará una mujer y la deseará, ya ha pecado con ella en su corazón. Por esto, el que no querrá pecar procure que muera con él el afecto y el apetito de pecar. Además de esto, porque este mío y tuyo son enemigos mortales de la caridad cristiana, nos proveyó Dios de una sana, santa y necesaria doctrina, la cual tomaréis por cuarta regla. Ésta es que de tal manera mortifiquéis en vos todo el deseo y el apetito de las cosas que las personas del mundo llaman bienes, que no poniendo en ellos felicidad alguna no deseéis los que no tendréis y poseáis los que tenéis no como propietaria, sino como depositaria, de tal modo que, si os serán quitados, no os perturbéis de suerte que vengáis a tener mala voluntad a aquél o a aquellas personas que os los quitarán. Porque, teniendo vuestro ánimo tan bien dispuesto, voluntariamente haréis lo que dice Cristo así en cuanto a dejar el manto a quien querrá llevaros a pleito por la túnica, como en cuanto a dar de vuestros bienes a todos cuantos os pedirán. Y ésta es la liberalidad cristiana, y ésta es la verdadera pobreza, tan loada y recomendada en la sagrada escritura. Y creo cierto que David por esto llama

Apetitos lascivos.

Mat. 5, 27 ss.

Regla iii.

Mat. 5, 40.

Liberalidad y pobreza cristiana.

pobres a las personas que sirven y obedecen a Dios. Y sabed cierto que ésta es la verdadera vía para echar y arrancar de vuestro ánimo la maldita avaricia, que es un mal tan intrínseco que de ordinario aquéllos lo conocen menos que están más conjuntos con él. Mas el inconveniente que de él se sigue preguntadlo a san Pablo, y él os dirá que la avaricia es servidumbre de ídolos. Así como Dios, queriendo que no ofendiésemos el amor divino con la boca, nos puso la segunda regla que os he dicho hablando de la guarda que habéis de tener para el amor de Dios, así también para la guarda [del amor] del prójimo nos puso regla en la boca, y ésta será la quinta. Ésta es que tengáis tan bien regida y gobernada vuestra lengua, que no la uséis jamás sino para gloria de Dios y para utilidad espiritual o corporal de vuestro prójimo y vuestra, quitando y separando de vos todas las ocasiones que os pueden conducir y tirar a que salga de vuestra boca palabra que ofenda o pueda ofender a la más despreciada y abatida persona de todas cuantas hay en el mundo. Y para que veáis cuánto importa esto, quiero que sepáis que Santiago dice que el que no peca con la lengua es hombre perfecto. Y advertid, Señora, que no os digo que una persona para guardar perfectamente el mandamiento del amor del prójimo ha de hacer todas estas cosas puntualmente, porque no digo sino que una persona que quiere ser perfecta ha de tener tan bien moderados y obedientes sus afectos que cuando necesitase hacerlo por honra de Dios, no hallase repugnancia en ellos. Y concluyendo digo que conforme a estas cinco reglas que habéis oído debéis componer vuestro ánimo, si queréis adquirir perfectamente el amor del prójimo y manteneros en él, las cuales comprendió Cristo en una sola regla, diciendo: «Hazed con los hombres todo lo

Avaricia.

II Col.
3, 5.

Regla v.

Jac. 1,
26, 3, 4,
10.

Aviso
cristiano.

que querréis que hiciesen con vosotros.» Y es así que no hay persona en el mundo a quien no le plazca ser obedecida por los que la deben obediencia, no hay persona a quien no le plazca conservar su vida y no ser mal querida ni odiada por otro, no hay ninguna a quien no le plazca que las personas no entren en ningún mal pensamiento con sus mujeres, hijas, hermanas, o parientas, tanto más en obras deshonestas, no hay ninguna a quien no le plazca ser socorrida y ayudada en sus necesidades y, si tiene con qué vivir que no procure que no le sea quitado ni usurpado, y finalmente, no hay ninguna a quien no le plazca que todas las personas del mundo hablen bien de ella y que no se duela de todo lo contrario. De modo que, haciendo con nuestros prójimos todo lo que queremos y nos gustaría que ellos hiciesen con nosotros, cumplimos la ley de Dios, porque nos mantenemos con ellos en caridad y amor. Y de esto, como dice Cristo, dependen la ley y los profetas. Y a esto podéis reducir todo cuanto está escrito en la sagrada escritura.

*Regla
general.*

*Mat. 22,
40 y Pa-
ral.*

JULIA Me tenéis tan atónita desde que comenzasteis a entrar en estas reglas, considerando la perfección que para vivir conforme a ellas es necesaria, que no he querido replicaros a nada de cuanto habéis dicho. Mas, pues habéis acabado, quiero que me digáis si se condenan todas las personas que no viven con la pureza, con la limpieza y con la atención que habéis dicho en estas reglas.

VALDÉS San Juan en una de sus epístolas dice: «Hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis, pero si alguno habrá pecado, tenemos abogado justo junto a su Padre, Jesu Cristo, y él es la propiciación por nuestros pecados.» Esto mismo os digo a vos, Señora, que os pongo ante esta perfección para que trabajando y procurando vivir conforme a ella, no pequéis jamás. Mas

*Consuelo
de san
Juan.*

quiero que, si pecaréis, os recordéis de que Jesu Cristo es vuestro abogado cerca de su eterno Padre, el cual satisfizo por nuestros pecados y por los de todo el mundo. De modo que no penséis que las personas que no tienen tan mortificados sus afectos como digo que deseo que los tengáis vos, según os he mostrado por estas reglas, se condenarán. Mas quiero que sepáis que de las que no llegarán a esta perfección, se salvarán las que habiendo abierto los ojos y conocido su mal camino y hallado el camino que enseña Cristo, según aquí os he dicho, buenamente, en cuanto la fragilidad humana lo sufre, trabajan y procuran caminar por este camino, mortificando su hombre viejo y vivificando el nuevo, y mientras que no lo alcanzan, conocen y confiesan con dolor de su ánimo que no son tales cuales Dios quiere que sean, y con este vivo conocimiento dicen de todo corazón lo del Padrenuestro, «Perdónanos nuestras deudas», y lo de David, «Crea en mí, Dios, un corazón limpio y rae mi iniquidad, porque yo conozco mi iniquidad y mi pecado está siempre delante de mí». Y si todas las personas que caminan por el camino cristiano siempre viviesen tan perfectamente como aquí hemos dicho, no diría san Juan que «si decimos que no tenemos pecados mentimos», ni diría el sabio que «el justo cae siete veces al día y que otras tantas vuelve a levantarse». Y sabed, Señora, que es justo porque va por el camino de justicia, el cual es el que Cristo nos enseñó, y que cae por fragilidad y se torna a levantar por la fe y confianza que tiene en Jesu Cristo que le perdonará, y éstas son las enfermedades y debilidades de las cuales entiende san Pablo cuando, hablando de Cristo, dice que «tenemos Pontífice que puede compadecerse de nuestras enfermedades», habiendo estado vestido del hábito de nuestra humanidad. Todo

*Mat. 6,
9 ss. y
Paral.*

*1 Joh. 1,
8 ss., 2,
4.*

*Hebr. 4,
15.*

el negocio consiste en salir una vez del camino del mundo y entrar en el camino de Dios, que después de entrados, cayendo y levantando, tropezando y no cayendo, todavía nuestras cosas van bien. Por tanto, no os espante la pureza de esta perfección cristiana, antes os suplico que de veras os enamoréis de ella, porque os certifico que no la entenderéis jamás si antes Dios intrínsecamente no os la enseña. Y para que os la enseñe, conviene que os dispongáis a experimentarla.

JULIA Esto querría que me dieseis a entender: a qué propósito nos puso Dios una ley tan dificultosa de observar que siempre nosuviésemos que confesar por deudores suyos, porque, al parecer, tiene no sé qué olor a tiranía.

VALDÉS Antes sabed, Señora, que en esto ha mostrado Dios el amor que nos tiene tan bien como en todo lo demás que ha hecho por nosotros, siendo que el ánimo humano es tan arrogante que si no se conociese por deudor del cumplimiento de la ley no se tendría por pecador, y si no se tuviese por pecador, no temería el juicio de Dios, y si no lo temiese, no se humillaría, y si no se humillase, no adquiriría la gracia de Dios, y sin la gracia de Dios, no podría ser justo delante de Dios, y no siendo justo, no se salvaría. Ahora pensad si fue este singularísimo beneficio de Dios tanto como todos los otros. Y sabed, Señora, que cuanto más perfecta será una persona en esta presente vida y más unida estará con Dios por amor y caridad, tanto más se humillará ante Dios, conociendo más su imperfección y la necesidad que tiene de que continuamente le perdone Dios sus faltas y purifique y acepte sus obras. Y por eso David llama bienaventurados no a los que no pecan, porque todos pecamos, sino a aquellos a los que Dios perdona los pecados que hacen. ¿Quedáis satisfecha con esto?

*La ley
por qué
es difícil.*

*Ps. 32,
1.*

JULIA Sí quedo, bien podéis seguir más adelante.

VALDÉS Ahora quiero que penséis que de tres modos pecamos en esta presente vida: por malicia, por ignorancia y por fragilidad. Por malicia pecan los que no saben el camino de Dios, ni le quieren saber. El pecado de éstos, según san Pablo, es castigado con ceguedad y con obstinación en el pecado. La misma sentencia pronuncia Dios por Jeremías. Éstos con dificultad se levantan, según el mismo Jeremías dice. Por ignorancia pecan los que, por no saber acertar el camino de Dios, van fuera de él. El pecado de éstos, según san Pablo, es fácil de perdonar, porque así dice él que, porque pecó por ignorancia persiguiendo a los cristianos, tuvo Dios misericordia de él. Por fragilidad pecan los que, habiendo entrado en el camino de Dios, no quisieran de modo alguno ofender a su divina Majestad, mas a veces, vencidos de la tentación, caen. De éstos fue David y de éstos fue san Pedro cuando negó a Cristo. El pecado de los tales perdona Dios más fácilmente que ninguno de los otros, porque en seguida se conocen, luego se humillan, y así pronto adquieren la gracia de Dios, antes acontece muchas veces que humillados por el pecado caminan más animosamente por el camino cristiano. Así muestra David haberle acaecido, diciendo: «Bien para mí que me humillaste, para que aprenda tus justificaciones». Esto os he yo querido decir para que remováis de vuestra conciencia toda suerte de escrúpulos, los cuales todos ordinariamente nacen del amor propio y de poco conocimiento de Dios, estando cierta de que caminando por este camino cristiano, no pecaréis sino por fragilidad. Os perdonará Dios luego lo que así pecaréis por la humildad con la que le pediréis perdón, y por la fe y confianza que tendréis en Jesu Cristo.

Tres modos de pecar. Malicia.

Ignorancia.

I Tim. 1, 13.

Fragilidad.

II Sam. 12. Mat. 26, 69 ss. y Paral.

JULIA Con esto me habéis dado la vida enteramente, porque me teníais muy amedrentada.

VALDÉS Amad, Señora, si queréis desterrar de vuestra alma todo el temor, porque no puede morar temor ninguno en alma, que con un vivo y eficaz pensamiento pone los ojos en Cristo crucificado considerando con entera fe que Cristo satisface y paga por ella. Ahora concluyendo digo, Señora, que estas reglas os llevarán al amor de Dios y del prójimo y os conservarán en el uno y en el otro, y entonces por experiencia conoceréis los frutos de la caridad, según que san Pablo los escribe diciendo que «la caridad es paciente, conversable, no envidiosa, no insolente, no soberbia, y no busca sus cosas propias, no se aíra, no piensa en mal ninguno, no se alegra de la injusticia, pero gózase con la verdad» y que «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo comporta». Conoceréis también lo que dice san Juan, que la perfecta caridad echa fuera de la conciencia todo el temor. Porque el que verdaderamente ama no teme.

*I Cor.
13, 4 ss.*

*Frutos de
la cari-
dad.*

*I Joh. 4,
18.*

JULIA Ya estoy satisfecha en esto que toca a la caridad. Plazca a Dios hacérmela gustar y sentir en el alma tan bien como me la habéis hecho penetrar en el entendimiento. Pero porque a veces os he oído decir que la caridad es el fruto de la fe, querría que me dijeseis alguna cosa en torno a la fe.

VALDÉS Así es la verdad como decís, que yo os he dicho que la caridad es el fruto de la fe ¿y sabéis por qué os lo digo?, porque estoy cierto que donde hay fe viva, hay caridad. Y sabed, Señora, que así como el fuego no puede dejar de calentar, así la fe viva no puede dejar de obrar obras de caridad, y os habéis de imaginar que la fe es como un árbol y la caridad es el fruto del árbol. Y así como el árbol después que está seco no da fruto, así, faltando la fe en los corazones de las personas, no hay caridad. Y mirad, Señora, que

*Caridad
fruto de
fe.*

Fe.

*Mat. 3,
10.
Joh. 15,
1 ss.*

cuando digo fe, no entiendo la fe que solamente cree la historia de Cristo, porque ésta puede bien estar y está sin caridad, y por eso la llama Santiago fe muerta, la cual tienen los malos cristianos y tienen asimismo los demonios del infierno. Pero entended que, cuando digo fe, entiendo de la fe que vive en el alma, ganada no con industria ni con artificio humano, sino mediante la gracia de Dios, con luz sobrenatural, la cual fe da crédito a todas las palabras de Dios, así a sus amenazas, como a sus promesas, de tal modo que, cuando oye decir que Cristo dijo que el que creyere y se bautizare se salvará, y que el que no creyere, se condenará, da tanto crédito a estas palabras, teniéndolas por certísimas, que no tiene duda ninguna de su salvación.

*Jac. 2,
17.*

*Joh. 3, 3
ss.*

JULIA En esto también nos convendremos vos y yo, porque a creer ninguno me aventajará.

VALDÉS No presumáis de vos, Señora, que creéis, porque muy espiritual ha de ser el que tenga la fe tan viva cuanto conviene para ser justificado por ella. Antes conoced que sois débil en la fe, y decid a Cristo con los apóstoles, «Señor, aumenta en mí la fe», y decid con el padre del lunático, «Yo, Señor, tengo confianza en ti, mas todavía, tú, Señor, ayuda mi incredulidad», y por esta vía ganaréis más que por persuadiros que creéis. Gran cosa es, Señora, conseguir de nuestros ánimos que enteramente se confíen en Dios, y lo veréis por esto, que si os preguntan si creéis los artículos de la fe uno por uno, responderéis que sí, pero si inadvertidamente, viniéndoos de confesar, os preguntan si creéis que Dios os ha perdonado vuestros pecados, diréis que pensáis que sí, pero que no estáis cierta. Mas sabed que esta incertidumbre nace de falta de fe, porque si enteramente os confiaseis en las palabras de Cristo que dice a los Sacerdotes que todo lo que atarán

*Marc. 9,
24 y Pa-
ral.*

*Sacerdo-
tes.*

en tierra será atado en el cielo y todo lo que desatarán en tierra será desatado en el cielo, y si verdaderamente creyereis lo que confesáis en el Credo cuando decís que creéis la remisión de los pecados, no dudaríais en decir a boca llena, sintiendo en vuestra alma dolor de la ofensa hecha a Dios y habiéndola confesado, que tenéis por cierto que Dios os ha perdonado todos vuestros pecados. ¿Queréis ver clara y manifiestamente cómo no os confiáis enteramente en Dios? Decidme: ¿con qué estaríais más sin cuidado y más descansada, y en qué os confiaríais más para poderos certificar que por este año tenéis bien con qué vivir, con una buena suma de dineros que tuviérais en un banco o en lo que Cristo promete a los que buscarán el reino de Dios, cuando dice: «No tengáis el pensamiento en lo que habéis de comer ni en lo que habéis de vestir, pues que Dios tiene cuidado de vosotros, buscad antes el reino de Dios, y el mismo Dios os proveerá de todas estas cosas?»

*Mat. 16,
19.
Joh. 28,
23.*

*Apoc. 1,
18.*

*Remi-
sión de
pecados.*

*Confiar
en Dios.*

*Mat. 6,
25 ss. y
paral.*

JULIA No hay duda de que tendré más confianza en los dineros del banco, pero si me conociese tan perfecta que mereciese que Dios tuviese cuidado de mí, por ventura me confiaría más en las palabras de Cristo.

VALDÉS Antes es al contrario, que cuanto más perfecta fuéis tanto menos mérito hallaríais en vos. y así, el que está más cerca de la gracia de Dios, más lejos está de pensar que la merece. Y por esto decía san Pablo que por la gracia de Dios era lo que era, no atribuyendo nada a sus méritos. De modo, Señora, que si confiáis poco en las palabras de Cristo, no es por lo que decís, sino porque no les dais crédito, y ésta es la mayor injuria que se puede hacer a Dios.

*I Cor.
15, 9 ss.
I Tim.
1, 13 ss.*

JULIA Mucho me apretáis, pronto me haréis creer que no tengo fe.

VALDÉS No quiero que creáis que no la tenéis, pero quiero que penséis que la tenéis muerta, y quiero que roguéis muy ahincadamente a Dios que os la vivifique y os haga fuerte en ella, pues que, según san Pablo, sin fe ninguno puede agradar a Dios, y si queréis mirar en ello, hallaréis que con nada os puede un amigo vuestro ofender tanto cuanto con no dar crédito a vuestras palabras, y por el contrario, que con nada os puede hacer mayor servicio y placer, que con dar entera fe a todo cuanto le diréis.

1 Rom.
1, 17, 3,
21 ss, 4,
16.
Gal.,
c. 3.

JULIA En cuanto a esto decís la verdad, que extremadamente me duele cuando no soy creída y mucho me agrada cuando me dan crédito.

VALDÉS Puesto que conocéis esto de vos, debéis pensar siquiera lo mismo de Dios, y pensándolo trabajaréis por aprisionar y subyugar vuestro entendimiento a la obediencia de la fe, y así aprenderéis a confiaros en Dios y a dar entera fe a sus palabras tanto cuando amenaza como cuando promete. Y por no detenerme mucho en esto digo que, si enteramente pusiésemos toda nuestra confianza en Cristo dando entera fe a sus promesas, no dependeríamos ni estaríamos tan ligados a las criaturas, en las cuales confiamos más que en Cristo porque somos carnales y no juzgamos de las cosas sino tanto cuanto el sentido exterior nos las representa, y así no tenemos cuenta con las interiores. Bien podría decir cosas maravillosas si quisiese comenzar a loaros la fe, mas básteos saber esto, que tanto seréis cristiana cuanto os sabréis confiar en Cristo, siendo que ser una persona cristiana es ser justa, y no puede ninguna ser justa sino por la fe, porque el justo vive por la fe.

Rom. 1,
5, 15,
18.

JULIA Jamás he podido acabar de entender qué diferencia hay entre la fe y la esperanza, y holgaría-me saber de vos en qué manera las diferenciáis.

Fe y espe-
ranza.

VALDÉS No me admiro de que no lo entendáis, porque lo mismo acontece a muchas personas doctas. Ahora sabed que la fe se ejercita en las cosas de la vida presente, y la esperanza en las de la vida eterna. Lo que habéis de entender de este modo. Queréis del muelle pasar a la isla de Capri, mas no sabéis cómo. Vengo y digo: «Fiaos, Señora, de mí, que os pasaré a pie por la mano sin que os ahoguéis en el camino y, pasada, os pondré en aquel paraje de la isla en que deseáis estar.» Aunque os parezca cosa fuera de razón, dais crédito a mis palabras y fiándoos de ellas me tomáis por la mano y camináis por el agua. Veis aquí que la fe os lleva y juntamente os lleva la esperanza de gozar del contento que os han dicho que se halla en aquella Isla. ¿Entendéis ahora la diferencia?

Comparación.

JULIA Sí, y muy bien.

VALDÉS Tornando a nuestro propósito, quiero, Señora, que os pongáis ante los ojos de vuestra alma la idea de la perfección cristiana según aquí la hemos razonado, y que, puesta, os enamoréis de ella y, enamorada, no os contentéis hasta que lleguéis muy cerca de ella. Y pensad que entonces estaréis cerca cuando conoceréis en verdad que vuestro corazón no se inclina a amar cosa alguna fuera de Dios, ni vuestra boca siente dulzura en nombrar otro nombre que el de Dios, y éste solamente lo nombra para gloria suya. Y cuando sentiréis que no os inclináis a obrar cosa ninguna que no sea conforme a la voluntad de Dios, y cuando hallaréis vuestro ánimo muy obediente y sujeto a vuestros mayores, y muy ajeno de toda ira, de toda venganza y de todo rencor, lleno de paz y de humildad y tan ajeno de todo vicio carnal que en él no encontraréis pensamiento que no sea casto, y tan pobre de espíritu que a ninguna cosa os inclinareis con vuestro de-

Idea de perfección cristiana.